



MUTIS

William Ospina

A los veinticuatro años, en 1947, ya escribía con una libertad que no tenía en nuestra lengua ni siquiera Pablo Neruda. Su mundo, en ese entonces, es ya posterior al de Aurelio Arturo. Tiene su misma magia, su fascinación, su misterio, su voz recorre cavernas de secretos, pero no es el ámbito encantado de un niño perdido entre milagros sino una selva lujuriosa después de la caída; es como si el mundo moral y sensorial de las tentaciones de San Antonio pudiera recorrerse en tren o en hidroplano. Mutis visita su alma con la curiosidad de Humboldt por las selvas equinocciales; su carne y su imaginación redescubren América y la ven en el último instante de su esplendor: antes de que la modernidad muerda la selva, antes de que el veneno corra por los ríos, antes de que en la piel del jaguar se borre la escritura del dios. Pocos autores saben ofrecernos una realidad a la vez tan arbitraria y tan verosímil; aquí y allá descubrimos en ese muchacho a Borges un día después y a García Márquez un día antes. Álvaro Mutis es alarmantemente contemporáneo, ocupa su lugar en la historia sin anacronismo alguno: no es Rivera ni Mastronardi ni López Velarde, ya la segunda mitad del siglo XX le pertenece, es posible que sea el único poeta del “boom latinoamericano”, y hasta ahora, a comienzos del siglo XXI, ningún poeta en castellano ha llegado más lejos. Pero ya a los veinticuatro años Mutis es nuestro Rimbaud, el verano lo sorprendió a las orillas de una ardiente adolescencia, de él puede decirse que nunca dejó de ser joven, y que después se burló de los jóvenes siendo más desafiante y más paradójico que ellos. Cuando les decía a

Como citar

Ospina, W. (2020). Mutis. En: Orejarena Torres, J. (ed. académico). *Maqroll y el imperio de la literatura: ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis. Volumen I.* (pp. 181-182). Colombia; México: Editorial Universidad Santiago de Cali; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. DOI: <https://doi.org/10.35985/9789585522282.15>

los afiebrados de materialismo histórico que el último hecho que le interesaba era la caída de Bizancio, lo hacía sólo por mostrarles que él sí conocía la Historia; y su afición por la monarquía y otras especies fósiles era apenas, como en Eliot, un gesto de desdén por la edad de los plásticos, una última ironía aristocrática en los funerales de la civilización. En sus noventa años Mutis todavía es el más joven de nuestros poetas, y estoy seguro de que, de verdad, apenas estamos a punto de leerlo. Un mundo fragante y desconocido, la poesía del futuro, nos espera en sus páginas.